

## Contra Descartes y Kant: Howard Phillips Lovecraft y las narrativas posthumanistas en la literatura de terror de principios de siglo XX

Roberto Alejandro Chuit

Instituto de Humanidades

Universidad Nacional de Córdoba

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

r.chuitroganovich

**Resumen:** En este trabajo se pretende ensayar una lectura crítica del escritor norteamericano Howard Phillips Lovecraft. Creemos que este autor ha contribuido al desarrollo de una contracorriente de la literatura -muy por fuera del realismo burgués imperante de la época- cuyos efectos (no sólo en la literatura sino también en otras esferas del pensamiento) aún no han llegado a exponerse de forma clara y sistemática. Este trabajo -que no pretende ser una defensa estética de la narrativa de terror cósmico, ni del llamado terror gótico-, intentará reponer algunas discusiones sobre ciertos problemas filosóficos de gran relevancia para el pensamiento occidental del siglo XX. En especial nos interesan, en el marco de esta forma de narrativa, los problemas del 'origen del mundo', el problema de la 'garantía del mundo' y el problema de la 'antropogénesis', caros a las reflexiones pre-modernas de la metafísica y la teología. Intentaremos observar, en este sentido, cómo algunos de los relatos de H. P. Lovecraft ponen en tela de juicio dos anclajes teóricos fundamentales de la filosofía moderna: por un lado, el problema del sujeto cartesiano; por otro, el problema del sujeto trascendental y de las condiciones de posibilidad de los juicios kantianos. A modo de cierre, intentaremos decir algunas palabras acerca del alcance -aún incalculables- de estas narrativas y el nivel de influencia que ejercieron, en tanto que dispositivo de pensamiento, no sólo en el campo de la literatura y de las artes en general sino también en el campo de las ciencias sociales y de las ciencias duras

**Palabras clave:** Modernidad – Humanismo – Materialismo – Terror cósmico – Antropogénesis

**Abstract:** This work aims to present a critic reading of the North American writer Howard Phillips Lovecraft. We believe that this author has contributed to the development of a countercurrent of literature -very outside the prevailing bourgeois realism of the beginings of s. XXI- whose effects (not only in literature but also in other spheres of thought) have not yet been exposed in a clear and systematic form. This work -which does not pretend to be an aesthetic defense of the cosmic terror narrative, nor of the so-called Gothic terror-, will attempt to re-establish some discussions of great relevance to 20th century Western thought. We are particularly interested,

within the framework of this form of narrative, in the problems of the 'origin of the world', the problem of the 'guarantee of the world' and the problem of 'anthropogenesis', which are dear to the pre-modern reflections of the metaphysics and theology. We will try to observe, in this sense, how some of the stories of the chosen author put into question two fundamental theoretical anchors of modern philosophy: on the one hand, the problem of the Cartesian subject; on the other, the problem of the transcendental subject and the conditions of possibility of Kantian judgments. As a conclusion, we will try to say a few words about the scope -still incalculable- of these narratives and the level of influence they exerted, as a device of thought, not only in the field of literature and the arts in general, but also in the field of social and natural sciences.

**Keywords:** Modernity – Humanism – Materialis – Cosmic Horror – Anthropogenesis

## I. Introducción

Habida cuenta de las limitaciones evidentes que tiene un encuentro como el que nos convoca -horarios ajustados, jornadas extensas, etcétera-, consideramos más provechoso presentar las líneas generales que están movilizand o nuestra investigación en desarrollo antes que presentar sumariamente sus avances parciales.

Para ello daremos cuenta de forma sucinta de los tres grandes campos de reflexión que componen este nuevo proyecto de investigación. En primer lugar, y tomando a Vicente Serrano como interlocutor, indagaremos en el problema de la modernidad como proceso histórico que, en su expresión filosófica, logró poner en suspenso la narrativa mítica de la naturaleza (el poema del ser) como fin con arreglo al cual se habían arreglado hasta entonces tanto las prácticas del arte como las de la ciencia y la reflexión acerca de la ética; siguiendo esta línea, y haciendo eco de los aportes de la escuela althusseriana (en específico Macherey, y en una presentación más disclosiva, Badiou), desarrollaremos ciertas consideraciones acerca de las corrientes dominantes de la temprana filosofía moderna, pensándolas como

formas filosóficas que trabajan sobre el marco de una *necesidad* incontrarrestable, como filosofías que precisan, en su operatividad, de una *garantía* –posición que muchas veces ha sido ocupada por el concepto de Dios. En segundo lugar, intentaremos encontrar trazos de relación entre estas expresiones de la filosofía y ciertas expresiones de la literatura moderna. En tercer lugar, intentaremos hacer una breve presentación de lo que es, en definitiva, nuestro objeto de estudio: la literatura de terror.

## II. La ausencia del poema del ser

En la modernidad asistimos –en la opinión de Vicente Serrano– a la suspensión del nudo borromeo platónico, compuesto por la relación codeterminante entre la verdad, la justicia y la belleza; y en específico, a la suspensión del *fondo común* del diálogo de esta triada categorial; a la suspensión de lo que ha determinado la representación espontánea de lo real: esto es, la suspensión del trasfondo estetizante de lo real, la suspensión del ‘poema del ser’. En este marco, podríamos decir que la suspensión del trasfondo mítico y poético que figuraba como la condición de los discursos del arte y la ciencia, produjo, en una primera instancia, la muerte de la Naturaleza como operador contrastable de toda práctica, y en segunda instancia, y por derivación, el desarrollo de la estética como disciplina en detrimento de la poética.

En el caso cartesiano, la ausencia de la poética del ser como fiel inalienable de toda práctica analítica, borró a la Naturaleza como objeto de conocimiento. Lo real, en este sentido, dejó de operar como aquello que sucede ‘ahí fuera’ independientemente de la voluntad del científico para pasar a ser el producto del propio ejercicio de la imaginación. En este marco, es de destacar que no es sino del interior de la imaginación del filósofo (y también del científico) que se hace posible derivar la garantía del propio mundo en el que el propio sujeto pensante deviene como fuerza categorial, y

por extensión, la garantía misma de su propia existencia (garantía de mundo, garantía de sujeto). Esta garantía, en suma, el concepto de Dios, es la que termina por obliterar la distinción otrora funcional entre lo real y lo imaginario, entre lo ficticio y lo soñado, por un lado, y la realidad extensa y pensable por el otro.

Lo interesante es, sin embargo, que una vez desarrollado el *cogito* como entidad categorial su fuerza delimitante termina por excluir toda instancia que la desborde. Así, la reducción que realiza Descartes del mundo a lo extenso y lo pensable tiene partida doble: no sólo elimina, en primera medida, al fondo narratológico de la composición del mundo, tan cara a la filosofía y el arte clásico, sino también que oblitera toda posible re-*aparición* fantasmática de una ausencia.

Vicente Serrano dice:

Lo que Descartes nos ofrece en su relato no es, entonces, una nueva vuelta de tuerca de una supuesta metafísica de la presencia, ni siquiera de la representación, sino solo la expresión más cruda del vaciamiento de esa dimensión estética de la que dependía la naturaleza. El resultado es, entonces, ese paisaje desértico que no es representación sino solo reducción, que no puede imitar nada, ni es espejo de ninguna naturaleza porque con ese marco que acompañaba a la ciencia cae también la naturaleza. Porque allí donde no hay nada que imitar no hay tampoco representación posible (*Naturaleza muerta* 30).

Por fuera del racionalismo cartesiano, la tradición empirista realizaba un gesto similar. Si los cuerpos son “complejos de sensaciones” (a la Mach) o “combinaciones de sensaciones” (a la Berkeley), y si no se reconoce que el “contenido sensible” es una realidad objetiva, de esto se deduce que 1) no hay nada más que el yo abstracto y absoluto (¡el ser que piensa sin sustancia!, es decir, ¡sin cerebro!), y que 2) el mundo no es más que la representación que nos hacemos de él. Al respecto, en su *Materialismo y Empiriocriticismo*, Lenin decía:

El sofisma de la filosofía idealista consiste en considerar la sensación, no como vínculo de la conciencia con el mundo exterior,

sino como un tabique, un muro que separa la conciencia de mundo exterior; no como la imagen de un fenómeno exterior correspondiente a la sensación sino como “lo único existente” (*Materialismo y Empiriocriticismo*, 76).

Nuevamente aquí, toda intedeterminabilidad signada por el par real-imaginario queda neutralizada por la fuerza ecuménica de la garantía total (garantía de la percepción del sujeto): es el concepto de Dios, que hace del mundo no una sustancia (a la Spinoza) sino el resultado de una *causa espiritual* el que, de forma reflexiva, la da entidad al yo *sintiente*.

En una pretendida forma de síntesis, el caso de Kant es también sumamente ilustrativo. Aquí, es la estética trascendental -esto es, el estudio de las condiciones de posibilidad de los fenómenos desde el punto de vista de la sensibilidad- la que presenta en forma teórica la clausura del poema del ser; la que presenta el intento de desarrollar la recuperación del objeto bello en un mundo en el que ya no es posible acceder a las cosas *en sí*, donde no hay ninguna naturaleza que imitar. En esa línea, el objeto bello ya no puede depender del marco de intuición universal que los griegos entendieron como naturaleza.

En este punto, y en relación al tema que nos interesa, no es sólo necesario abordar las dinámicas del conjunto de conceptos *de-la-garantía* que permitieron el desarrollo de la filosofía, el arte y la ciencia modernas, sino sobre todo el modo en cómo esta nueva ausencia de la Naturaleza fue trabajada. En esta línea, la experiencia del arte es aleccionadora. Si en la ciencia la función de la imaginación había servido para restituir toda experiencia confusa a la claridad del pensamiento, en el arte, la imaginación, vehiculizada entre otras formas por la locura, es la que expone la constatación de la pérdida del poema primordial. El arte moderno sería entonces, para Vicente Serrano, la imitación (*que no es tal*) de la ausencia; la ausencia, pues, como ‘la cosa’ del arte moderno.

### III. La experiencia literaria

La modernidad a la Serrano, como proceso de ruptura radical con el pasado clásico, como proceso de desaparición del poema del ser –que quita al arte su objeto de representación y a la ciencia su objeto de conocimiento– nos ha servido en ciertas instancias analíticas de nuestro trabajo. Existe, sin embargo, otra posición desde la cual reconstruir este multifacético proceso histórico-cultural como es la modernidad; esta posición, la de la escuela althusseriana, ha intentado ensayar una historia de la filosofía a partir del diálogo infinito entre las tradiciones idealista y materialista del pensamiento. En este marco, podemos decir que la filosofía conservó (es decir, *tomó prestada*), por lo menos hasta bien entrada la modernidad –y por lo menos en la lectura que realiza Althusser en *Iniciación a la filosofía para los no filósofos*–, la pregunta esencial de la religión, por el origen del mundo, y en la misma medida, por el fin (y los fines); la pregunta, en definitiva, por la posición del hombre en el cosmos (su procedencia y su sino), pero ya no tratada en su simplicidad religiosa sino más bien por medio de un contenido conceptual específico –abstracto y racional–. De este modo, a lo largo de la historia de la filosofía –al menos en la tradición idealista– se volvió recurrente la presentación del concepto de Dios como complemento de *nada*, como pura fuerza pro-activa que es, a la vez, seguridad y garantía del mundo. Así, la pregunta acerca de por qué existe algo y no más bien nada, fue reenviada de forma sistemática a un destinador –en el caso de la filosofía, a un concepto– que funciona como condición del mundo (y de todo lo que hay en él), y que se ha visto investido, a lo largo de la historia, en múltiples avatares: la *idea del bien*, en Platón; el *primer motor*, en Aristóteles; la *causa primera*, en Descartes; la *sustancia infinita*, en Spinoza (*Iniciación a la filosofía para los no filósofos*, 41).

En recurrentes ocasiones la literatura dio por evidente –sino por *necesaria*– la determinación metafísica de la empresa heroica. Los ejemplos

son múltiples: el hombre trágico, cuyos actos no son sólo expresión de su carácter, su *ethos* –que es, además, el de la ciudad– sino también expresión de una fuerza divina (*Daímón*) que se ejerce mediante él; el caballero medieval (Alfonso Quijano, pero también Perceval, y un largo etcétera), que arremete contra la avanzada moral por mandato de Dios y la Corona; el poeta romántico, conminado por el azul y el cisne (el Absoluto) a encontrar el ritmo sagrado que subyace al mundo.

Si bien realizar un *racconto* definitivo de las experiencias literarias que han replicado esta estructura puede resultar para nosotros un callejón sin salida, no queremos dejar de destacar que son vastos los casos en los cuales la condición misma de la puesta en acto de los marcos generales de la acción es la presencia de una figura destinante; la presencia de una figura que funciona como la *garantía* de los programas actanciales, y que opera como el elemento indispensable encargado de poner en marcha la totalidad del aparato narrativo. Así las cosas, gran parte de los casos que hoy conforman lo que entendemos por literatura (por lo menos la literatura *premoderna*) no ha hecho otra cosa que insistir en las formas a través de las cuales es posible desarrollar un programa narrativo habida cuenta de una *necesidad categorial innegable*. Si esto es así, la literatura premoderna podría figurársenos como el inventario –heterodoxo, sin dudas– de los marcos actanciales que pueden ser desplegados en el contexto de una destinación en ningún caso sorteable; si aquello de lo que habla la literatura se encuentra determinado desde su propio comienzo por una potencia incontestable, entonces esta forma de literatura podría ser caracterizada como una del *orden*, acerca del sentido (del sentido del carácter, del sentido de la acción, etcétera). En otras palabras: si toda acción se configura en el marco de un plan ya siempre formado, este tipo de literatura es una donde los procesos narrativos mismos son el mostrarse de un *télos* retroactivo. Y aquí lo crucial: todo parece indicar que parte de la literatura es, en clave narrativa, el desenvolverse de una *necesidad*,

y el desenvolverse de la aceptación de una necesidad. La necesidad, para decirlo sin demasiados preámbulos, de Dios, de la Naturaleza –y en menor medida, la necesidad del Estado (y la Corona)–.

#### IV. La literatura de terror

Nuestro corpus incorpora relatos de una tríada de autores norteamericanos que trabajaron en conjunto y definieron lo que en adelante la crítica bautizó como “El círculo de Lovecraft”, compuesto por el mismo H. P. Lovecraft, Clark Ashton Smith y Robert E. Howard, entre otros.

La literatura del círculo lovecraftiano –para nombrar de algún modo la producción conjunta de este colectivo– inaugura un espacio incómodo: uno que se constituye como la negación de la promesa de redención divina, como la negación de la presencia efectiva y operativa de la fuerza originaria que atraviesa al hombre, determinándolo en su práctica. La literatura lovecraftiana abre, decimos, un espacio incómodo en tanto inicia, al menos en clave narrativa, la vastedad insondable de un cosmos que no se ha conformado como tal con arreglo al proceso que habría de desembocar de forma eventual en la génesis del hombre. El acervo mitológico que Lovecraft despliega a lo largo de su literatura se levanta así contra cualquier programa cuyo desiderátum sea predominantemente antrópico. Aquí, la cosmogonía teosófica que tiende a pensar que toda fuerza viva se perfila al servicio de la antropogénesis se ve aniquilada por la inclemente propuesta de un cosmos *ac si humanitas non daretur* (H.P. Lovecraft: *la disyunción en el ser*, 30).<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> En primera instancia, porque en el círculo lovecraftiano asistimos a la narrativización de un cosmos que no guarda la más mínima clemencia por la condición humana (en otras palabras, el comienzo de la vida como un comienzo no-antropomórfico); en segunda instancia, porque incluso las formaciones biológicas que preexisten a las comunidades de los hombres, y que aparentemente le habrían dado inicio, se encuentran, respecto a ellas, vacías de programa (en otras palabras, vacías de destinación). En El Círculo de Lovecraft, entonces, no hay ni *eugénesis* antrópica, ni *télos* redentor.



Este punto parece esencial para entender de qué forma es trabajada la naturaleza en la literatura de terror norteamericana de principios de siglo XX. Todo parece indicar que no hay en el horror cósmico una reposición o reconstitución de la naturaleza clásica, esto es, aquello que los filósofos hicieron de la naturaleza. No existe el regreso -a pesar del respeto que Lovecraft sentía por la cultura griega- a una comprensión premoderna del problema de la naturaleza, ni una reconstitución de los elementos de la filosofía que componían, al menos teóricamente, la 'naturaleza de los filósofos'. La naturaleza en Lovecraft no pretende reponer ninguna ausencia perdida, ni ninguna pregunta por el ser olvidada por la dinámica operativa de la metafísica. En todo caso, en Lovecraft (como también en Arthur Machen y en Howard), encontramos la *composición* de una nueva naturaleza, una que no tiene nada que ver con la figura destinante del dios (aquel que como un relojero, a la forma leibniziana, se aseguraría de que el mundo fuese, valga la redundancia, *mundo* a cada instante) ni con la figura moderna del sujeto (aquel que a través de la constatación de su propia existencia deriva por concatenación lógica la existencia del mundo). Esta forma de literatura, pues, ha logrado constituirse en tanto que tal en la negación simultánea de la pregunta por el origen del cosmos, del origen del mundo y del origen del hombre; y por extensión, suprimiendo todo *télos*, toda determinación metafísica proactiva, toda realidad sensible como efecto de una causa divina, y toda posibilidad de discusión acerca del llamado 'problema del mundo externo'. Antes del hombre, pues, no Dios, ni la Naturaleza clásica, ni la nada, sino más bien, *ya siempre algo*, materia regida por reglas concretas. Si el mundo deviene azarosamente sin la intromisión divina, y si el concepto del *origen* (cristiano, en principio, y luego idealista) pierde fuerza ante el concepto del *comienzo* del mundo, entonces el fundamento metafísico de la condición humana es, sin más, inoperante.

Intentaremos observar, en este sentido, cómo algunos de los relatos de los autores escogidos (con Lovecraft a la cabeza) ponen en tela de juicio



dos anclajes teóricos fundamentales de la filosofía moderna: por un lado, el problema del sujeto cartesiano; por otro, el problema del sujeto trascendental y de las condiciones de posibilidad de los juicios kantianos. El estudio de estas problemáticas nos permitirá empezar a realizar un diagrama del alcance -aún incalculable- de estas narrativas y el nivel de influencia que ejercieron, en tanto que dispositivo de pensamiento, no sólo en el campo de la literatura y de las artes en general sino también en el campo de las ciencias sociales y de las ciencias duras.

### **Bibliografía**

Althusser, Louis. *Iniciación a la filosofía para los no filósofos*. Buenos Aires: Paidós, 2015.

Badiou, Alain. *Condiciones*. México: Siglo Veintiuno, 2002.

Lenin, Vladimir Ilyich. *Materialismo y empiriocriticismo*. Buenos Aires: Ediciones Estudio, 1972.

Ludueña Romandini, Fabián. *H.P. Lovecraft: la disyunción en el ser*. Buenos Aires: Hecho Atómico Ediciones, 2015.

Serrano, Vicente. *Naturaleza muerta*. Valparaíso: Universidad de Valparaíso, 2014.